

Palacio Nacional,
enero 27 de 1923.

Señores Arzobispos José Mora,
Leopoldo Ruiz y demás firmantes.

P r e s e n t e s .

Muy señores míos:

El Ejecutivo de mi cargo ha leído la nota que ustedes se sirvieron dirigirme, fechada el 15 de los corrientes, con motivo de la expulsión de Monseñor Filippi, y consigna que la repetición de estos penosos casos y las sencibles -- fricciones que se han venido produciendo entre el tradicional Partido Liberal de México y algunos miembros de la Iglesia Católica, podían ahorrarse con un pequeño esfuerzo desarrollado por ustedes, pues si estas fricciones pudieron haber tenido -- explicación dentro de las tendencias del Partido Liberal cuando sus postulados eran abstractos de carácter meramente político pero que han perdido toda justificación en los actuales momentos en que el Partido Liberal ha sufrido una evolución completa en su estructura política, dando preferente atención a -- los problemas sociales, que están llamados seguramente a regir las futuras generaciones y que son en su esencia fundamentalmente cristianas y cuyo programa no afecta en nada al programa fundamental de la Iglesia Católica y si no son enteramente paralelos, sí se complementan en su esencia; y si llegamos, pues, a la conclusión de que el actual programa social del Gobierno emanado de la Revolución, es esencialmente cristiano y es un complemento del programa fundamental de la Iglesia Católica, no se necesitaría, seguramente, más que una poca de sinceridad y buena fé en los hombres encargados de su desarrollo y aplicación para que reinara la más completa armonía en una obra que es perfectamente piadosa.

El programa fundamental de la Iglesia Católica, según nos lo presentan en teoría los encargados de su desarrollo, consiste principalmente en encauzar todas las almas por el sendero de la Virtud, de la Moral y de la confraternidad, en la más amplia -- acepción de la palabra, tratando dentro de estos nobles postulados de asegurar una ventura infinita para todos en vida eterna.

Los postulados fundamentales del Gobierno actual, que cree interpretar fielmente los anhelos populares, pueden considerarse así: Encauzar a todos los hijos de México por el sendero de la Moral, de la Virtud y de la Confraternidad en la más amplia acepción de la palabra, tratando de encontrar dentro de estos postulados un mayor bienestar para la vida terrenal; y si los dos programas llegaran a realizarse, sería la conquista máxima de bienes-

tar para todos los habitantes de la Tierra, porque la ventura y bienestar quedarían definitivamente conquistados para todos en ésta y en la otra vida.

La religión Católica exige a sus ministros nutrir y orientar el espíritu de sus creyentes. La revolución que acaba de pasar exige al Gobierno de ella emanado, nutrir el estómago, el cerebro y el espíritu de todos y cada uno de los mexicanos, y no hay en este otro aspecto básico de ambos programas nada excluyente y sí una armonía indiscutible.

Yo lamento muy sinceramente que los miembros del alto clero católico no hayan sentido la transformación que se está produciendo en el espíritu colectivo, hacia orientaciones modernas, en cuya transformación están perdiendo fuerzas cada día las doctrinas afectivas y abstractas y robusteciéndose las efectivas y sociales, y que a esta vigorosa evolución le estén negando su contingente de cooperación y muchos de ellos estén oponiendo una sistemática obstrucción para su desarrollo, máxime, como antes digo, cuando sus postulados son cristianos en su esencia y en su forma y en nada desvirtúan las doctrinas que los miembros de la iglesia sustentan en su teoría; y si existe alguna falta de armonía, ésta radica principalmente en los métodos distintos que aplican entre sus teorías y sus prácticas.

Es sensible seguramente que la falta de sinceridad entre alguno de los miembros del clero católico, siga fomentando la pugna que ya hayan hecho sentir entre estas dos doctrinas que bien podrían complementarse si se obrara con toda buena intención y sin más mira que el bienestar de los semejantes, pugna en la que seguramente irán perdiendo terreno los postulados afectivos y abstractos, porque en este caso ya no se trata de un solo fanatismo metafísico, que había monopolizado por más de dos mil años el espíritu de las masas populares, sino de la pugna de dos fanatismos que se disputan ese espíritu; el uno, afectivo y, por consiguiente, abstracto; y el otro efectivo y, por consiguiente, material. El primero, que nutre el espíritu y lo prepara para el sacrificio; el segundo, que nutre el estómago, el cerebro y el espíritu, para ahorrar el sacrificio. Y en esta lucha, que tan desventajosamente se presenta, serán muy pocos, indudablemente, los que acepten el primero de los fanatismos, si los encargados de ese ministerio exigen la disyuntiva y declaran que ambos se excluyen, y que no se puede ser católico y no se puede servir a Dios, si se pide un poco de bienestar y una poca de equidad, para que rijan las conciencias en esta vida, máxime cuando los postulados del verdadero socialismo están inspirados en las doctrinas de Jesucristo, quien, con toda justicia, está siendo considerado como el socialista más grande que haya conocido hasta ahora la Humanidad."

Yo invito a ustedes, con la sinceridad que caracteriza a los hombres de la Revolución y los exhorto para que, en bien de la Humanidad, no desvirtúen ni entorpezcan el desarrollo del programa esencialmente cristiano y esencialmente humanitario por lo tanto que el Gobierno surgido de la Revolución pretende desarrollar en nuestro país, donde nuestras clases oprimidas han experimentado por muy largos y amargos años el contacto de todas las injusticias y la absoluta ausencia de un espíritu de confraternidad y de equidad que debió haber imperado en las clases directoras y elevadas, las que descuidaron la parte noble de la misión que los hombres -

3.-

tienen en la Tierra y encaminaron todo su esfuerzo al acrecentamiento de sus fortunas materiales; protestándoles con igual sinceridad que no solo no encontrarán ningún escollo en la labor que su culto les exige desarrollar en este país, sino que tendrán el apoyo y la simpatía de todos y cada uno de los mexicanos que no exigimos más que no se oponga una sola barrera sistemática e injustificada al desarrollo de un anhelo popular que ha adquirido tal fuerza en el espíritu colectivo, que revelaría la más completa ignorancia en aquel que negara la existencia de este anhelo y que se opusiera a su desarrollo definitivo.

De ustedes con toda consideración,

Atto. y seguro servidor,

ALVARO OBREGON. (Rúbrica)

ES COPIA:

MDG.-

Palacio Nacional,
enero 27 de 1923.

Señores Arzobispos José Mora,
Leopoldo Ruiz y demás firmantes.

P r e s e n t e s .

Muy señores míos:

El Ejecutivo de mi cargo ha leído la nota que ustedes se sirvieron dirigirle, fechada el 15 de los corrientes, con motivo de la expulsión de Monseñor Filippi, y constaría que la repetición de estos penosos casos y las sencibles -- fricciones que se han venido produciendo entre el tradicional Partido Liberal de México y algunos miembros de la Iglesia Católica, podían ahorrarse con un pequeño esfuerzo desarrollado por ustedes, pues si estas fricciones pudieron haber tenido -- explicación dentro de las tendencias del Partido Liberal cuando sus postulados eran abstractos de carácter meramente político pero que han perdido toda justificación en los actuales momentos en que el Partido Liberal ha sufrido una evolución completa en su estructura política, dando preferente atención a -- los problemas sociales, que están llamados seguramente a regir las futuras generaciones y que son en su esencia fundamentalmente cristianas y cuyo programa no afecta en nada al programa fundamental de la Iglesia Católica y si no son enteramente paralelos, si se complementan en su esencia; y si llegamos, pues, a la conclusión de que el actual programa social del Gobierno emanado de la Revolución, es esencialmente cristiano y es un complemento del programa fundamental de la Iglesia Católica, no se necesitaría, seguramente, más que una poca de sinceridad y buena fé en los hombres encargados de su desarrollo y aplicación para que reinara la más completa armonía en una obra que es perfectamente piadosa.

El programa fundamental de la Iglesia Católica, según nos lo presentan en teoría los encargados de su desarrollo, consiste principalmente en encauzar todas las almas por el sendero de la Virtud, de la Moral y de la confraternidad, en la más amplia -- acepción de la palabra, tratando dentro de estos nobles postulados de asegurar una ventura infinita para todos en vida eterna.

Los postulados fundamentales del Gobierno actual, que cree interpretar fielmente los anhelos populares, pueden considerarse así: Encauzar a todos los hijos de México por el sendero de la Moral, de la Virtud y de la Confraternidad en la más amplia acepción de la palabra, tratando de encontrar dentro de estos postulados un mayor bienestar para la vida terrenal; y si los dos programas llegaran a realizarse, sería la conquista máxima de bienes-

tar para todos los habitantes de la Tierra, porque la ventura y bienestar quedarían definitivamente conquistados para todos en ésta y en la otra vida.

La religión Católica exige a sus ministros nutrir y orientar el espíritu de sus creyentes. La revolución que acaba de pasar exige al Gobierno de ella emanado, nutrir el estómago, el cerebro y el espíritu de todos y cada uno de los mexicanos, y no hay en este otro aspecto básico de ambos programas nada excluyente y sí una armonía indiscutible.

Yo lamento muy sinceramente que los miembros del alto clero católico no hayan sentido la transformación que se está produciendo en el espíritu colectivo, hacia orientaciones modernas, en cuya transformación están perdiendo fuerzas cada día las doctrinas afectivas y abstractas y robusteciéndose las efectivas y sociales, y que a esta vigorosa evolución le estén negando su contingente de cooperación y muchos de ellos estén oponiendo una sistemática obstrucción para su desarrollo, máxime, como antes digo, cuando sus postulados son cristianos en su esencia y en su forma y en nada desvirtúan las doctrinas que los miembros de la iglesia sustentan en su teoría; y si existe alguna falta de armonía, ésta radica principalmente en los métodos distintos que aplican entre sus teorías y sus prácticas.

Es sensible seguramente que la falta de sinceridad entre alguno de los miembros del clero católico, siga fomentando la pugna que ya hayan hecho sentir entre estas dos doctrinas que bien podrían complementarse si se obrara con toda buena intención y sin más mira que el bienestar de los semejantes, pugna en la que seguramente irán perdiendo terreno los postulados afectivos y abstractos, porque en este caso ya no se trata de un solo fanatismo metafísico, que había monopolizado por más de dos mil años el espíritu de las masas populares, sino de la pugna de dos fanatismos que se disputan ese espíritu; el uno, afectivo y, por consiguiente, abstracto; y el otro efectivo y, por consiguiente, material. El primero, que nutre el espíritu y lo prepara para el sacrificio; el segundo, que nutre el estómago, el cerebro y el espíritu, para ahorrar el sacrificio. Y en esta lucha, que tan desventajosamente se presenta, serán muy pocos, indudablemente, los que acepten el primero de los fanatismos, si los encargados de ese ministerio exigen la disyuntiva y declaran que ambos se excluyen, y que no se puede ser católico y no se puede servir a Dios, si se pide un poco de bienestar y una poca de equidad, para que rijan las conciencias en esta vida, máxime cuando los postulados del verdadero socialismo están inspirados en las doctrinas de Jesucristo, quien, con toda justicia, está siendo considerado como el socialista más grande que haya conocido hasta ahora la Humanidad."

Yo invito a ustedes, con la sinceridad que caracteriza a los hombres de la Revolución y los exhorto para que, en bien de la Humanidad, no desvirtúen ni entorpezcan el desarrollo del programa esencialmente cristiano y esencialmente humanitario por lo tanto que el Gobierno surgido de la Revolución pretende desarrollar en nuestro país, donde nuestras clases oprimidas han experimentado por muy largos y amargos años el contacto de todas las injusticias y la absoluta ausencia de un espíritu de confraternidad y de equidad que debió haber imperado en las clases directoras y elevadas, las que descuidaron la parte noble de la misión que los hombres

3.-

tienen en la Tierra y encaminaron todo su esfuerzo al acrecentamiento de sus fortunas materiales; protestándoles con igual sinceridad que no solo no encontrarán ningún escollo en la labor que su culto les exige desarrollar en este país, sino que tendrán el apoyo y la simpatía de todos y cada uno de los mexicanos que no exigimos más que no se oponga una sola barrera sistemática e injustificada al desarrollo de un anhelo popular que ha adquirido tal fuerza en el espíritu colectivo, que revelaría la más completa ignorancia en aquel que negara la existencia de este anhelo y que se opusiera a su desarrollo definitivo.

De ustedes con toda consideración,

Atto. y seguro servidor,

ALVARO OBREGON. (Rúbrica)

ES COPIA:

MDG.-